

Dejo a Würzburg a las cuatro y tomo el camino de Manheim. Al entrar en el ducado de Baden, un beodo me estrecha la mano gritando: «¡Viva el emperador!» Todo cuanto ha pasado, desde la caída de Napoleón, se considera como no acaecido en Alemania. Estos hombres que se alzaron para arrebatar su independencia nacional a la ambición de Bonaparte, no sueñan más que con él. ¡Tanto trastornó las imaginaciones todas, desde los beduinos bajo sus tiendas, hasta los teutones bajo sus chozas!

A medida que adelantaba hacia Francia, los niños se hacían más traviesos en sus aldeas y los postillones andaban más; la vida renacía. En Bischofsheim, donde he comido, una linda curiosa se ha presentado a mi gran banquete: una golondrina, una verdadera Progne, de rojizo pecho, que ha venido a posarse en mi ventana abierta sobre la barra de hierro que sostenía la muestra del *Sol de Oro*; luego ha gorjeado dulcemente mirándome como a un antiguo conocido y sin mostrar el menor miedo. Jamás me he quejado de que haya venido a despertarme la hija de Pandión; nunca la he llamado *habladora*, como Anacreonte; muy al contrario, he saludado siempre su vuelta con la canción de los niños de la isla de Rodas: «Ya llega, ya llega la golondrina, présaga del buen tiempo y de los años prósperos, abrid vuestras puertas; no rechacéis a la golondrina.»

«—Francés—me ha dicho mi huésped de Bischofsheim—, mi tatarabuela vivía en Combourg, bajo las vigas del techo de la torre: tú le hacías compañía cada año por el otoño en las cañas del estanque, cuando por las tardes soñabas con tu sílfide. Abordó tu roca natal el mismo día en que te embarcabas para América y siguió tu vela por algún tiempo. Mi abuela anidaba en la ventana de Carlotta; ocho años después, llegó a Jaffa contigo; lo anotaste en tu *Itinerario*. Mi madre, gorjeando a la aurora, cayó un día por la chimenea de tu gabinete de *Negocios Extranjeros* y le abriste la ventana. Mi madre ha tenido muchos hijos, y yo, que te hablo, soy de su última cría; te he encontrado ya sobre la antigua vía de Tívoli en la campiña de Roma; ¿te acuerdas? ¡mis plumas eran tan negras y tan brillantes! Me miras tristemente. ¿Quieres que, juntos, alcemos nuestro vuelo?»

POSADA DE WIESENBACH. — UN ALEMÁN Y SU MUJER. — HEIDELBERG. — PEREGRINOS. — RUINAS. — MANHEIM. — EL RIN. — EL PALATINADO. — EJÉRCITO ARISTOCRATA. — EJÉRCITO PLEBEYO. — CONVENTO Y CASTILLO. — MONTES TONNERRE. — POSADA SOLITARIA. — KAISERSLAUTERN. — SUEÑO.—PÁJAROS.—SAARBRÜCK.

3 y 4 de junio.

Púseme en camino algunos instantes después de que desapareciera la golondrina. La noche estuvo encapotada: la luna paseábase debilitada por entre las nubes; mis ojos adormecidos se cerraban al mirarla, pareciéndome que aspiraba la luz misteriosa que ilumina las sombras: «experimentaba no sé qué apacible desfallecimiento precursor del último reposo.» (Manzoni). Me detengo en Wiesenbach, posada solitaria, valle estrecho cultivado entre dos colinas cubiertas de bosque. Un alemán de Brunswick, viajero como yo, se llega a mí, al oír pronunciar mi nombre. Me estrecha cordialmente la mano y me habla de mis obras. Su mujer aprende a leer el francés en *El Genio del Cristianismo*. No cesaba de admirarse de mi juventud. «Pero — me decía —, la falta proviene de mi juicio: debía imaginarme, a juzgar por sus últimas obras, tan joven como me lo parece.»

De Wiesenbach a Heidelberg se sigue el curso del Neckar, aprisionado entre colinas, que producen bosques, sobre un banco de arena y de sulfato sanguíneo. ¡Cuántos ríos he visto correr! Encontré unos peregrinos de Walthuren, que formaban dos filas paralelas a los dos lados de la carretera; los carruajes pasaban por en medio. Las mujeres caminaban descalzas, con un rosario en la mano y un bulto de ropa en la cabeza; los hombres con la cabeza descubierta y un rosario también en la mano. Llovía, y en algunos parajes las nubes acuosas trepaban por los flancos de las colinas. Algunas barcas cargadas de madera iban río abajo, otras lo remontaban a la vela o a la sirga. En las cortaduras de las colinas, había aldeillas entre los campos, en medio de ricas huertas, engalanadas con rosales de Bengala y varios otros arbustos floridos. Peregrinos, rogad por mi pobre pequeño rey: está desterrado y es inocente; empieza su peregrinación cuando vosotros hacéis la vuestra y yo acabo la mía. Si no debe reinar, siempre me re-

sultará alguna gloria de haber largado un cable desde mi barca de auxilio, a los restos de una fortuna tan grande. Dios sólo da el buen viento y abre el puerto.

Al aproximarse a Heidelberg, el cauce del Neckar, sembrado de rocas, se ensancha. Descúbrese el puerto de la ciudad y la ciudad misma que presenta buen aspecto. El fondo del cuadro termina en un alto horizonte terrestre: parece atajar el río.

Un arco de triunfo de piedras rojas anuncia la entrada de Heidelberg. A la izquierda, sobre una colina, se elevan las ruinas de un castillo de la Edad Media. Prescindiendo de su efecto pintoresco y de algunas tradiciones populares, los despojos del templo gótico sólo interesan a los pueblos cuya obra fueron. ¿Qué le importan a un francés los señores Palatinos, ni las princesas Palatinas, por gruesas, por blancas que hayan sido, con sus ojos azules? Olvidálas por Santa Genoveva de Brabante. En estas modernas ruinas nada hay de común con los pueblos modernos, sino la fisonomía cristiana y el carácter feudal.

Otra cosa sucede (sin contar el sol) con los monumentos de Grecia y de Italia; pertenecen a todas las naciones; empiezan su historia; sus inscripciones están en idiomas que todos los hombres civilizados conocen. Las ruinas mismas renovadas, de Italia, tienen un interés general porque están timbradas con el sello de las artes, y las artes son del dominio público. Un fresco del Dominiquino o del Ticiano que se borre, un palacio de Miguel Ángel o de Palladio que se derrumbe, cubren de luto el genio de todos los siglos.

Enseñase en Heidelberg un tonel desmesurado, coliseo arruinado de los beodos; ningún cristiano al menos ha perdido la vida en este anfiteatro de los Vespasianos del Rin; la razón, sí, pero no es una gran pérdida.

Al desembocar de Heidelberg, las colinas de la derecha y de la izquierda del Neckar se separan, y se entra en una llanura. Una calzada bastante tortuosa de algunos pies de elevación sobre el nivel de los trigos, se dibuja entre dos hileras de cerezos maltratados por el viento, y de nogales insultados con frecuencia por el viandante.

A la entrada de Manheim, se atraviesan plantaciones de lúpulo, cuyos largos rodrigones secos, sólo estaban decorados por la enredadera de yedra hasta un ter-

cio de su altura. Juliano *el Apóstata*, compuso contra la cerveza un lindo epigrama, y el abate La Bletterie lo ha imitado con bastante elegancia.

3 y 4 de junio de 1833.

A las dos de la tarde he atravesado el Rin y, en el momento en que pasaba, un vapor subía por el río. ¿Qué hubiera dicho César si hubiese encontrado una máquina parecida cuando construía su puente?

En la orilla opuesta del Rin, en frente de Manheim, vuélvese a encontrar Baviera, a consecuencia de los odiosos recortes y embrollos de los tratados de París, de Viena y de Aix-la-Chapelle. Cada uno ha recortado lo que le ha parecido, sin tener en cuenta la razón, la humanidad, la justicia, y sin curarse del trozo de población que caía en la fauce real.

Recorriendo el Palatinado cisreniano, recordaba que este país formó, no hace mucho, un departamento francés, que la blanca Galia estaba ceñida por el Rin, banda azul de la Germania. Napoleón, y la República con él, habían realizado el sueño de muchos de nuestros reyes y especialmente de Luis XIV. En tanto que no ocupemos nuestras naturales fronteras, habrá guerras en Europa, porque el interés de la conservación impele a Francia a apoderarse de los límites necesarios a su independencia nacional. Hemos clavado aquí trofeos para hacer en su lugar y tiempo reclamaciones.

La llanura entre el Rin y los Montes Tonnerre es triste; el suelo y los hombres parecen decir que su suerte no está fijada, que no pertenecen a pueblo alguno; parecen aguardar nuevas invasiones de ejércitos, como nuevas inundaciones del río. Los germanos de Tácito devastaban grandes espacios en sus fronteras, y los dejaban yermos entre ellos y sus enemigos. ¡Ay de los pueblos limítrofes que cultivan los campos de batalla donde las naciones deben encontrarse!

Al llegar cerca de... he visto una cosa melancólica: un bosque de pinabetes de unos cinco o seis pies de altura, cortados y hechos fajos, un bosque segado como hierba. He hablado del cementerio de Lucerna, donde se colocan separadamente las tumbas de los niños. Nunca he experimentado tan vivamente el deseo de terminar mis viajes, de morir bajo la protección de una mano amiga aplicada sobre mi corazón, para interrogarle cuando digan: «Ya no late.» Desde el borde de



mi tumba quisiera poder dirigir una mirada retrospectiva de satisfacción a mis numerosos años, como un pontífice llegado al santuario bendice la larga hilera de levitas que le sirvieron de cortejo.

Louvois incendia el Palatinado; desgraciadamente la mano que empuñaba la tea era la de Turena. La revolución ha devastado el mismo país, testigo y víctima a la vez de nuestras victorias aristocráticas y plebeyas. Bastan los nombres de los guerreros para juzgar de la diferencia de los tiempos. De una parte, Condé, Turena, Orequi, Luxemburgo, La Force, Villars; de la otra, Kellermann, Hoche, Pichegru, Moreau. No renegamos de ninguno de nuestros triunfos: las glorias militares, sobre todo, no han conocido más que enemigos de Francia, y no han tenido más que una opinión; sobre el campo de batalla el honor y el peligro nivelan las clases. Nuestros padres clasificaban la sangre que brotaba de una herida leve con el nombre de *sangre ligera*, palabra característica de ese desprecio hacia la muerte, natural en los franceses de todos los siglos. Ningún cambio pueden las instituciones ejercer en ese genio nacional. Los soldados que, después de la muerte de Turena, decían: «Que suelten la urraca, y donde se pare, acamparemos», hubieran valido tanto como los granaderos de Napoleón.

Sobre las alturas de Dunkeim, primer muro de las Galias por este lado, se descubren emplazamientos de campos y posiciones militares, en la actualidad sin un soldado: borgoñeses, godos, hunos, suevos, olas del diluvio de los bárbaros, han acometido unos tras otros esas alturas.

No lejos de Dunkeim, descúbranse las ruinas de un monasterio. Los monjes encerrados en este retiro, ¡cuántos ejércitos no vieron circular a sus pies! ¡a cuántos guerreros no dieran hospitalidad! Algún cruzado habría dejado allí de existir, cambiada su celada por una capilla; allí se agitaron pasiones que acudieron al silencio y al reposo, antes del último reposo y del último silencio. ¿Hallaron lo que buscaban? Esas ruinas no pueden decirlo.

Después de las ruinas del santuario de la paz, vienen los escombros de las guaridas de la guerra, los bastiones, manteletes, cortinas y torres derruidas de una fortaleza. Las murallas se desploman como los claustros. El castillo estaba oculto tras un sendero escabroso para cerrar-

lo al enemigo; no ha impedido, empero, que pasasen el tiempo y la muerte.

De Dunkeim a Frankenstein el camino se hunde en un valle tan estrecho que apenas hay paso para un carruaje, y los árboles, descendiendo de dos taludes opuestos, se juntan y se abrazan en el barranco. Entre Messenia y Arcadia he atravesado valles parecidos, pero no con tan buen camino. El dios Pan no entendía de puentes y calzadas. Algunas matas de flores y un grajo me han traído a la memoria a Bretaña: recuerdo el placer que me causó el graznido de éste en las montañas de Judea. Mi memoria es un panorama: en él vienen a perderse sobre un mismo lienzo, los sitios y los cielos más diversos, con su sol ardiente o su horizonte brumoso.

La posada de Frankenstein está situada en una pradera de montañas, regada por una corriente de agua. El maestro de postas habla francés; su joven hermana, o su mujer, o su hija, es lindísima. Se queja de ser bávaro y se ocupa en la explotación de los bosques: me parecía ver en él a un plantador americano.

En Kaiserslautern, adónde, como en Bamberg, llegué de noche, atravesé la región de los ensueños: ¿qué veían en su sueño todos aquellos habitantes dormidos? Si tuviera tiempo, haría la historia de sus ensueños: nada me habría recordado la tierra, si dos codornices no se hubiesen contestado desde sus respectivas jaulas. En los campos de Alemania, desde Praga hasta Manheim, no se encuentran más que codornices, gorriones y alondras; pero los pueblos están llenos de ruseñores, de currucas, de tordos y de codornices, quejumbrosos cautivos y cautivas que os saludan a vuestro paso, desde las rejas de su cárcel. Las ventanas están engalanadas, con claveles, reseda, rosales y jazmines. Los pueblos del Norte tienen gustos de otro cielo, aman las artes y la música: los germanos vinieron a Italia en busca de la vid. Sus hijos renovarían gustosos la invasión; para conquistar en los mismos lugares pájaros y flores.

El cambio de la chaqueta del postillón me advirtió el martes, 4 de junio, en Saarbrück, que entraba en Prusia. Por debajo de la ventana de mi cuarto vi desfilar un escuadrón de húsares, que tenían trazas de estar muy animados: yo lo estaba tanto como ellos y hubiera alegremente cooperado a dar un buen vapuleo a estos señores, aunque un profundo sentimiento de

respeto me une a la familia real de Prusia, y aunque los furores de los prusianos en París no fuesen más que justas represalias de las brutalidades de Napoleón en Berlín; pero si la historia tiene el tiempo de ocuparse en esa severa justicia que hace derivar las consecuencias de los principios, el hombre, testigo de los hechos palpitantes, se ve arrastrado por estos mismos hechos, sin ir a buscar en el pasado las causas que los hicieron nacer y que los excusan. Mucho mal me ha hecho mi patria; pero, ¡con cuánto placer daría toda mi sangre por ella! ¡Oh! ¡Qué cabezas privilegiadas, qué políticos consumados, qué buenos franceses, sobre todo, los negociadores de los tratados de 1815!

4 y 5 de junio.

Al pasar el límite que separa el territorio de Saarbrück del de Forbach, Francia no se ha ofrecido a mis ojos de una manera espléndida. Primero he visto un hombre sin piernas y luego otro hombre que andaba con las manos y las rodillas, arrastrando en pos las piernas como dos colas torcidas o dos culebras muertas: luego, han comparecidos dos viejas en un carro, negras, arrugadas, vanguardia de las mujeres francesas. Había suficiente motivo para que el ejército prusiano retrocediese. Pero, después, he encontrado a un soldado, joven gallardo que iba a pie, en compañía de una muchacha; el soldado conducía delante el carricoche de la joven, y ella llevaba la pipa y el sable del militar. Más allá otra joven guiando el arado y un labrador anciano punzando los bueyes; más allá todavía un viejo mendigando para un niño ciego, y más lejos una cruz. En una aldeilla, una docena de cabezas de niño asomadas a las ventanas de una casa no concluida aún, figuraban un grupo de ángeles en una gloria. He ahí una mozueta de cinco a seis años, sentada en el umbral de la puerta de una cabaña; tenía la cabeza descubierta, los cabellos rubios y el rostro embardunado, y estaba haciendo muecas a causa del viento frío; sus hombros blancos asomaban por entre su traje hecho jirones, y cruzada de brazos sobre sus rodillas, levantadas a la altura del pecho y pegadas a él, contemplaba cuanto pasaba a su alrededor con una curiosidad de pájaro; Rafael la hubiera *bosquejado*, yo tenía deseos de robarla a su madre.

A la entrada de Forbach había una

compañía de perros sabios; los dos más grandes iban uncidos al furgón de los equipajes; otros cinco o seis de diferentes rabos, hocicos, alzadas y pelaje, seguían al bagaje, cada uno con su roquete de pan en la boca. Dos graves instructores, uno de los cuales llevaba un descomunal tambor y nada el otro, dirigen la marcha. Id, amigos míos, dad la vuelta al mundo como yo, a fin de conocer los pueblos. Todos como yo tenéis un lugar en el mundo; bien valéis tanto como los perros de mi especie. Presentad la pata a Diana, a Mirza, a Pax, con el sombrero caído sobre la oreja, con la espada ceñida, con la cola a guisa de trompeta entre las dos faldas de vuestra casaca; bailad por un hueso o por un puntapié, como hacemos nosotros, los hombres, pero no os equivoquéis al saltar por el rey.

Lectores, tolerad estos floreos: ningún otro daño os hará la mano que los dibujó; está ya seca. Acordaos, cuando los veáis, que no son más que las caprichosas espirales trazadas por un pintor en la bóveda de su tumba.

En la aduana, un viejo empleado del resguardo ha hecho como que registraba mi carruaje. Tenía preparada una pieza de cinco francos; la veía en mis manos, pero no se atrevía a tomarla por miedo a sus jefes que le vigilaban. Se ha quitado la gorra bajo el pretexto de registrar mejor, la ha dejado en el asiento frente de mí y me ha dicho en voz baja: «en mi gorra, si usted gusta.» ¡Oh, qué gran palabra! Ella por sí sola encierra la historia del género humano: cuántas veces la libertad, la fidelidad, la adhesión, la amistad y el amor han dicho: «¡En mi gorra, si usted gusta!» Daré estas palabras a Béranger para que le sirvan de estribillo a una canción.

A mi entrada en Metz me sorprendió una cosa que no había advertido en 1821; las fortificaciones modernas ciñen las fortificaciones góticas: Guisa y Vauvan son dos nombres que bien se asocian.

Nuestros años y nuestros recuerdos están extendidos en capas regulares y paralelas, a diversas profundidades de nuestra vida, depositadas por el oleaje del tiempo que sucesivamente pasa sobre nosotros. De Metz fué de donde salió en 1792 la columna que a las órdenes de Thionville tuvo un encuentro con nuestro pequeño cuerpo de emigrados. Llego de mi peregrinación al retiro del príncipe proscrito a quien serví en su primer des-



tierro. Entonces le di un poco de mi sangre, hoy vengo a llorar junto a él; a mi edad, apenas queda algo que no sean lágrimas.

Apenas haría un cuarto de hora que estaba en el mesón de Metz, cuando se me presentó Bautista sumamente agitado, y sacó misteriosamente de su bolsillo un papel blanco en el que llevaba envuelto un sello, que le habían entregado el duque de Burdeos y la princesa, con especial encargo de no dármelo hasta que estuviese en *tierra de Francia*. Habían estado bastante impacientes toda la noche anterior a mi salida, temiendo que el platero no tuviese tiempo para acabar la obra.

El sello tiene tres caras. Sobre una está grabada un ancla; sobre la segunda las dos palabras que Enrique me había dicho en nuestra primera entrevista: «*Si, siempre*»; sobre la tercera, la fecha de mi llegada a Praga. El hermano y la hermana me rogaban guardase el sello *por amor de entrambos*. El misterio de este presente, la orden de aquellos dos niños desterrados, de que no se me entregase el testimonio de su recuerdo hasta hallarme en tierra de Francia, preñaron mis ojos de lágrimas. El sello nunca me abandonará; lo llevaré por el amor de *Luisa y de Enrique*.

Hubiera querido ver en Metz la casa de Fabert, soldado que ascendió hasta mariscal de Francia y que rehusó el collar de las órdenes, porque sólo debía a su espada su nobleza.

Los bárbaros, nuestros padres, degollaron en Metz a los romanos sorprendidos en medio de los desórdenes de una fiesta; nuestros soldados han bailado en el monasterio de Alcobaça, con el esqueleto de Inés de Castro; infortunios y placeres, crímenes y locuras, catorce siglos os separan, y, tanto los unos como los otros, habéis pasado también completamente. La eternidad que empieza en este instante es tan antigua como la eternidad que data de la primera muerte, del asesinato de Abel. Sin embargo, los hombres, durante su aparición efímera sobre este globo, se persuaden de que van dejando de sí mismos alguna huella: ¡ah! buen Dios, cierto, sí, cada mosca tiene su sombra.

Al salir de Metz he atravesado Verdún, donde fui tan desgraciado y donde hoy vive el amigo solitario de Carrel. He faldeado las alturas de Valmy; me impondré sobre él el mismo silencio que

sobre las de Jemmapes: temería encontrar allí una corona.

Chalons me ha recordado una gran debilidad de Bonaparte; desterró a él la belleza.

Paz a Chalons, que me dice que todavía tengo amigos.

En Chateau-Tierry encontré de nuevo a mi dios: La Fontaine. Era la hora del Avemaría; la mujer de Juan había dejado de existir, y Juan había vuelto a casa de la señora de la Sablière.

Al pasar rozando el muro de la catedral de Meaux he repetido las palabras de Bossuet: «El hombre llega a la tumba arrastrando en pos de sí la larga cadena de sus frustradas esperanzas.»

En París he atravesado los barrios habitados por mí con mis hermanas en mi juventud; en seguida he pasado por delante del palacio de Justicia, rememorativo en mi enjuiciamiento, y, después, por la prefectura de policía que me sirvió de cárcel. Vuelvo, por fin, a entrar en mi hospicio, dividiendo de esta suerte el hilo de mis días. El frágil insecto de los verjeles baja por una hebra de seda hacia la tierra donde la pata de un cocodrilo va a aplastarle.

CONSEJO DE CARLOS X EN FRANCIA. — MIS IDEAS ACERCA DE ENRIQUE IV. — MI CARTA A LA DELFINA. — LO QUE HABÍA HECHO LA DUQUESA DE BERRY.

París, calle del Infierno, 6 de junio de 1833.

Al apearme del carruaje y antes de acostarme, escribí una carta a la duquesa de Berry para darle cuenta de mi misión. Mi regreso había puesto a la policía en movimiento, el telégrafo lo anunció al prefecto de Burdeos y al comandante de la fortaleza de Blaye; se le dió la orden de redoblar la vigilancia, y parece que también se hizo embarcar a *Madama* antes del día prefijado para su salida. Mi carta no pudo, por algunas horas de retraso, llegar a manos de S. A. R., y fué, por lo tanto, llevada a Italia. Si la duquesa no hubiese prestado declaración; aún más, si después de prestada hubiese negado las consecuencias; más todavía, si al llegar a Sicilia hubiese protestado contra el papel que se vió obligada a ejecutar para evadirse de sus carceleros, Francia y Europa la hubieran creído, ¡tan sospechoso es para todos el gobierno de Felipe! Todos los Judas hubieran sufrido el castigo del espectáculo que ha-

bían dado al mundo en el cuerpo de guardia de Blaye. Mas la duquesa no había querido conservar su carácter político negando su casamiento; lo que por mentira se gana en reputación de hábil, se pierde en consideración; la antigua sinceridad que hayáis podido profesar, apenas os defiende. Cuando un hombre apreciado del público se envilece, no está ya al abrigo de su nombre, sino detrás de él. La duquesa, por su confesión, se ha substraído de las tinieblas de su cárcel: el águila hembra, como el águila macho, necesita libertad y sol.

El duque de Blacas en Praga me había anunciado la formación de un Consejo del que yo debía ser el jefe, con el canciller y el marqués de La Tour-Maubourg; yo sólo (siempre según el duque) iba a componer el Consejo de Carlos X, ausente a causa de algunos asuntos. Se me enseñó un plan: la máquina era complicadísima; el plan del señor de Blacas conservaba algunas disposiciones hechas por la duquesa de Berry, cuando por su parte pretendió organizar el Estado, viniendo locamente, aunque con valor, a ponerse al frente de su reino *in partibus*. Las ideas de esta mujer aventurera no carecían de buen sentido: había dividido a Francia en cuatro grandes gobiernos militares; tenía designados los jefes, nombrados los oficiales, regimentadas las tropas, y, sin curarse de si todos estarían o no dispuestos a abrazar su bandera, ella misma corrió a llevarla; no dudaba encontrar en los campos la capa de San Martín o la oriflama, Galaor o Bayardo. Golpes de hachas, de armas y balas de mosquetones, retirada a los bosques, peligros en el hogar de algunos amigos fieles, cavernas, castillos, barracas y escalamientos, todo esto placía mucho a la duquesa. Hay en su carácter algo de extraño, de original, de atractivo que la inmortalizará; el porvenir la acogerá bien, a despecho de las personas correctas y de los sabios cobardes.

Habría cedido a los Borbones, si me hubiesen llamado, toda la popularidad de que gozaba por mi doble título de escritor y de hombre de Estado. No me era posible dudar acerca de esa popularidad, pues había recibido las confidencias de todas las opiniones. No se habían limitado en ellas a generalidades: cada uno me había designado lo que deseaba en caso de mi elevación al poder; muchos me habían confesado su talento, indicándome de antemano el destino para

el cual eran eminentemente aptos. Todos (amigos y enemigos) me enviaban cerca del duque de Burdeos. Por las diferentes combinaciones de mis opiniones y de mis diversas fortunas, por los estragos de la muerte que había sucesivamente arrebatado los hombres de mi generación, parecía ser el único a quien pudiese elegir la real familia.

Podía sentirme tentado por el papel que se me asignaba, y había que lisonjear mi vanidad con la idea de ser yo, servidor desconocido y menospreciado por los Borbones, el apoyo de su raza, tendiendo la mano en sus tumbas a Felipe Augusto, a San Luis, a Carlos V, a Francisco I, a Enrique IV y a Luis XIV; de proteger con mi débil renombre la sangre, la corona y las sombras de tantos hombres grandes; yo solo, contra Francia infiel y Europa envilecida.

...Sus ojos penitentes lloran sólo agua bendita.

Yo no sirvo para esto.

He aquí la carta (reducida, empero, a casi su mitad) que hace erizar los cabellos de nuestros diplomáticos de salón. El duque de Choiseul tenía un genio parecido al mío; por eso pasó el fin de su vida en Chanteloup.

París, calle del Infierno, 30 de junio de 1833.

»Señora:

»Los momentos más preciosos de mi larga carrera son los que la Delfina me ha permitido pasar a su lado. En una obscura casa de Carlsbad es donde una princesa, objeto de la veneración universal, se dignó hablarme con confianza. En el fondo de su alma ha depositado el cielo un fondo de magnanimidad y de religión, que las prodigalidades de la desgracia no han podido agotar. Delante de mí tenía a la hija de Luis XVI, expatriada de nuevo, a esa huérfana del Temple, que el rey mártir estrechaba contra su corazón antes de ir en busca de la palma. Dios es el sólo nombre que pronunciar podemos cuando nos abismamos en la contemplación de los impenetrables consejos de su providencia.

»El elogio es sospechoso cuando se dirige a la prosperidad; con la Delfina, la admiración es justa. Lo he dicho, señora, vuestras desgracias han subido a tal altura, que se han convertido en una de las glorias de la Revolución. ¿Habré, pues, encontrado una vez en mi vida destinos bastante superiores, bastant



extraordinarios, para decirles, sin miedo de ofenderles o de no ser por ellos comprendido, lo que pienso acerca del estado futuro de la sociedad? Puede hablarse con vos de la suerte de los imperios, vos que veréis pasar sin deplorarlos a los pies de vuestra virtud, todos esos reinos de la tierra de los cuales muchos se han deslizado ya a los pies de vuestra raza. Las catástrofes que hicieron de vos la más ilustre testigo y la más sublime víctima, por grandes que parezcan, no son, sin embargo, más que los accidentes particulares de transformación general que se opera en la especie humana; el reinado de Napoleón, por quien fué conmovido el mundo, no es más que un eslabón de la cadena revolucionaria. Preciso es partir de esta verdad para comprender lo que hay de posible en una tercera restauración, y con qué medio cuenta esta restauración para ajustarse al plan de un cambio social. Si no entrase en él como un elemento homogéneo, veríase inevitablemente rechazada por un orden de cosas contrario a su naturaleza.

»Así, pues, señora, si os dijese que la legitimidad tiene probabilidades de entronizarse por la aristocracia de la nobleza o del clero con sus privilegios, por la corte con sus distinciones, o por la majestad con su prestigio, os engañaría. La legitimidad en Francia ya no es un sentimiento, es un principio en tanto que garantiza las propiedades y los intereses, los derechos y las libertades; pero, si se probara que no quiere defender o que es impotente para proteger esas propiedades y esos intereses, esos derechos y esas libertades, hasta dejaría de ser un principio. Cuando se sostiene que la legitimidad llegará forzosamente, que no se puede pasar sin ella, que basta con aguardar para que Francia venga de rodillas a pedirle gracia, se sostiene un error grave. La Restauración puede no reaparecer jamás o no durar más que un momento, si la legitimidad busca su fuerza donde ya no la tiene. Sí, señora, lo digo con pesar; Enrique V podría quedar reducido al papel de un príncipe extranjero y proscrito; joven y nueva ruina de un antiguo edificio que se desmorona, pero una ruina al cabo. Nosotros, viejos servidores de la legitimidad, habremos antes de mucho gastado el pequeño capital de años que ya nos queda; reposaremos para una eternidad en nuestras tumbas, dormidos con nuestras viejas ideas, como los antiguos caballeros con sus mohosas arma-

duras, roídas por el orín y el tiempo, armaduras que no se modelan ya sobre sus talles y que ya no se adaptan a los usos de los vivos.

»Todo lo que en 1789 militaba en favor del antiguo régimen, religión, leyes, costumbres, usos, propiedades, clases, privilegios y corporaciones, no existe ya. Una fermentación general se manifiesta; Europa no está mucho más segura que nosotros, ninguna sociedad está completamente destruida, ninguna, empero, enteramente fundada. Todo está en ellas o usado o nuevo, o decrepito o sin raíces; en todo hay la debilidad de la vejez y de la infancia. Los reinos salidos de las demarcaciones territoriales trazadas por los últimos tratados son de ayer; la adhesión a la patria ha perdido su fuerza, porque la patria es incierta y pasajera para poblaciones vendidas en subasta, cambalacheadas como muebles de lance, ora agregadas a poblaciones enemigas, ora entregadas a dueños desconocidos. Desbarajustado, surcado, trabajado, el suelo se encuentra así preparado para recibir la semilla democrática que las jornadas de julio han sazonado.

»Los reyes creen que haciendo centinela al rededor de sus tronos, contendrán el movimiento de la inteligencia; imaginan que con dar las señas de los principios los harán arrestar en las fronteras; se persuaden de que, multiplicando las aduanas, los gendarmes, los espías de policía y las comisiones militares, impedirán que aquéllos circulen. Pero estas ideas no van a pie, están en el aire, vuelan, se respiran.

»Los gobiernos absolutos que establecen telégrafos, caminos de hierro, buques de vapor y que, al mismo tiempo, quieren contener los espíritus al nivel de los dogmas políticos del siglo xiv, son inconsecuentes; a la vez progresistas y retrógrados, se pierden en la confusión resultante de una teoría y de una práctica contradictorias. No puede separarse el principio industrial del principio de la libertad; fuerza es ahogar a los dos, o admitir el uno y el otro. Allí donde se habla francés, llegarán las ideas con los pasaportes del siglo.

»Ya veis, señora, cuán esencial es el punto de partida para la buena elección. El hijo de la esperanza bajo vuestro amparo, la inocencia refugiada bajo vuestras virtudes y vuestros infortunios como bajo un dosel, me parece el más imponente espectáculo; si hay para la legitimidad

una probabilidad de triunfo, ahí está toda entera. La Francia futura podrá inclinarse sin descender ante la gloria de su pasado y detenerse conmovida ante esa grande aparición de su historia representada por la hija de Luis XVI conduciendo por la mano al último de los Enriques. Reina protectora del joven príncipe, ejerceréis sobre la nación la influencia de los inmensos recuerdos que se confunden en vuestra persona augusta. ¡Quién no sentirá renacer una esperanza desusada cuando la huérfana del Temple vele sobre la educación del huérfano de San Luis!

»De desear es, señora, que esta educación, dirigida por hombres cuyos nombres sean populares en Francia, se haga pública en cierto grado. Luis XIV, que justifica, por otra parte, el orgullo de su divisa, hizo un gran mal a su raza aislando a los hijos de Francia en el recinto de una educación oriental.

»El joven príncipe me ha parecido dotado de una grande inteligencia. Deberá terminar sus estudios por viajes entre los pueblos del antiguo y aun del nuevo continente, para conocer la política y no asustarse ni de las instituciones ni de las doctrinas. Si puede servir como soldado en alguna guerra apartada y extranjera, no se debe temer el exponerle. Es, al parecer, resuelto, y demuestra tener en el corazón la sangre de su padre y de su madre; pero, si pudiese sentir otra cosa alguna vez que el sentimiento de la gloria en el peligro, que abdique: sin el valor, en Francia no hay corona.

»Al verme, señora, extender a un tiempo bastante remoto el pensamiento de la educación de Enrique V, supondréis, naturalmente, que no lo creo destinado a subir al trono tan pronto. Trataré de deducir con imparcialidad las razones opuestas de esperanzas y de dudas.

»La restauración puede tener lugar hoy, mañana. Se nota algo tan brusco, tan inconstante en el carácter francés, que hace que un cambio sea siempre probable; puede siempre apostarse ciento contra uno en Francia, de que una cosa cualquiera no durará; en el momento mismo en que un gobierno parece estar más consolidado, entonces cae. Hemos visto a la nación adorar y detestar a Bonaparte, abandonarle, volver a unirsele, abandonarle de nuevo, olvidarle en su destierro, erigirle altares después de su muerte y apagar luego su entusiasmo. Esta nación versátil, que no amó la liber-

tad más que por capricho, pero que está constantemente loca por la igualdad; esta nación multiforme fué fanática bajo Enrique IV, facciosa bajo Luis XIII, grave bajo Luis XIV, revolucionaria bajo Luis XVI, sombría bajo la República, guerrera bajo Bonaparte, constitucional bajo la Restauración, y prostítuye hoy sus libertades a la monarquía llamada republicana, variando perpetuamente de naturaleza según el espíritu de sus guías. Su movilidad se ha aumentado desde que se ha emancipado de sus hábitos del hogar y del yugo de la religión. Así, pues, una casualidad puede motivar la caída del gobierno del 9 de agosto; pero una casualidad puede tardar mucho: un aborto ha nacido, pero Francia es madre robusta y puede, con la leche de sus pechos, corregir los vicios de una paternidad depravada.

»Aunque la monarquía actual no parezca duradera, temo siempre que viva más de lo que puede concedérsele. Desde hace cuarenta años todos los gobiernos de Francia han perecido por su culpa. Luis XVI pudo salvar veinte veces su corona y su vida; la República sucumbió tan sólo por el exceso de sus furiosos; Bonaparte podía establecer su dinastía, y se precipitó desde lo alto de su gloria; sin los decretos de julio el trono legítimo subsistiría aún. El jefe del gobierno actual no cometerá nunca ninguna de esas faltas que matan; su poder nunca se suicidará; toda su habilidad se emplea exclusivamente en su conservación; es demasiado inteligente para morir de una torpeza, y nada hay en él que pueda hacerle culpable de los errores del genio ni de las debilidades del honor y de la virtud. Ha conocido que podía perecer por la guerra y no ha hecho la guerra; que Francia se vea degradada en el concepto de los extranjeros, poco le importa; los publicistas probarán que la deshonra es industria y la ignominia crédito.

»La cuasi legitimidad apetece todo lo que la legitimidad quiere, exceptuando la persona real; quiere el orden y puede obtenerlo por la *arbitrariedad* mejor que la legitimidad.

»Establecer el despotismo con palabras de libertad y pretendidas instituciones realistas, es todo cuanto desea; cada hecho consumado produce un derecho reciente que combate un derecho antiguo; a cada hora empieza una legitimidad. El tiempo tiene dos poderes; con una mano destruye, con la otra edifica. El tiempo,



en fin, obra sobre los ánimos sin más razón que porque marcha; sepáranse violentamente del poder, lo atacan, lo fatigan; después sobreviene el cansancio; el resultado se reconcilia con la causa; bien pronto no quedan fuera más que algunas almas elevadas cuya perseverancia molesta a los que han faltado.

»Señora: esta larga exposición me obliga a dar algunas explicaciones a Vuestra Alteza Real.

»Si no hubiese dejado oír una libre voz el día de la fortuna, no tendría fuerzas para decir la verdad en los tiempos de desgracia. No he ido a Praga por voluntad propia; no me hubiera atrevido a importunaros con mi presencia; los peligros de la adhesión no están al lado de vuestra augusta persona: están en Francia; allí es donde los he buscado. Desde las jornadas de julio no he cesado de combatir a favor de la causa legítima. Yo fui el primero que se atrevió a proclamar la soberanía de Enrique V. Un jurado francés, al absolverme, dejó en pie mi proclamación. Yo no aspiro más que al reposo, necesidad de mis años; sin embargo, no he titubeado en sacrificarlo cuando algunos decretos han extendido y renovado la proscripción de la real familia. Se me han hecho ofrecimientos para que me adhiciese al gobierno de Luis Felipe, aunque no me había hecho acreedor a tanta benevolencia; pero he demostrado lo que había de incompatible con mi naturaleza, reclamando la parte que podía caberme en las adversidades de mi viejo rey. Mas, ¡ay!, yo no había causado sus adversidades y había tratado de prevenirlas. No recuerdo aquí estas circunstancias para darme importancia y crearne un mérito que no tengo; sólo he cumplido con mi deber, y me explico únicamente para excusar de algún modo la independencia de mi lenguaje. Vos perdonaréis, señora, esta franqueza a un hombre que aceptaría gustoso el cadalso para devolveros el trono.

»Cuando comparecí ante V. M. en Carlsbad, puedo decir que no tenía la dicha de que me conocierais. Apenas me habéis hecho el honor de dirigirme algunas palabras en mi vida; habréis, pues, podido leer, en las conversaciones de la soledad, que no era el hombre que tal vez se os había descrito; que la independencia de mi alma nada quitaba a la moderación de mi carácter, y que no rompía, sobre todo, las cadenas de mi admira-

ción y respeto hacia la ilustre hija de mis reyes.

»Suplico de nuevo a V. M. considere que el orden de las verdades desarrolladas en esta carta, o, más bien, en esta memoria, es lo que constituye mi fuerza, si alguna tengo; por ella es por la que intereso a hombres de partidos diversos y los traigo de nuevo a la causa realista. Si hubiese yo repudiado las opiniones del siglo, ninguna influencia hubiera tenido en la presente época. Trato de reunir al rededor del trono antiguo esas ideas modernas que, aunque contrarias, vienen a hacerse amigas pasando al través de mi fidelidad. A no convertir en provecho de la monarquía reconstruída las opiniones liberales que afluyen, perecería la Europa monárquica. Entre los dos principios monárquico y republicano hay un combate a muerte, si permanecen separados; la consagración de un edificio único reconstruído con los materiales distintos de dos edificios pertenecería a vos, señora, a vos, que habéis sido admitida a la más alta, a la más misteriosa de las iniciaciones, la desgracia inmerecida, a vos que estáis inscrita en el altar de sangre de las víctimas sin mancha, a vos que, en el recogimiento de una santa austeridad, abríais con mano pura y benedecida las puertas del nuevo templo.

»Vuestras luces, señora, y vuestra razón superior iluminarán y rectificarán lo que pueda haber de dudoso y erróneo en mis sentimientos tocante al estado presente de Francia.

»Mi emoción, al terminar esta carta, excede a todo encarecimiento.

»El palacio de los soberanos de Bohemia es, pues, el Louvre de Carlos X y de su piadoso y real hijo. Hradschin es, pues, el palacio de Pau del joven Enrique. Y vos, señora, ¿en qué Versalles habitáis? ¿con qué podrán compararse vuestra religión, vuestras grandezas, vuestros sufrimientos como no sea con los de aquellas mujeres de la casa de David que lloraban al pie de la cruz? ¡Pueda V. M. ver salir radiante de la tumba la soberanía de San Luis! ¡Pueda yo exclamar, recordando el siglo que lleva el nombre de vuestro abuelo, porque, señora, nada se os adapta, nada os es tan contemporáneo como lo grande y lo sagrado: ¡Oh, cuán dichoso para mí aquel día! ¡De cuánto ardor henchido iré a reconocer a mi buen rey!

»Soy, con el más profundo respeto, se-

ñora, de V. M. muy humilde y muy obediente servidor.

»CHATEAUBRIAND.»

Después de haber escrito esta carta he vuelto a adoptar las costumbres de mi vida: he encontrado nuevamente a mis viejos clérigos, el rincón solitario de mi jardín, que me pareció mucho más hermoso que el jardín del conde de Choteck, mi *boulevard* del Infierno, mi cementerio del Oeste, mis *Memorias*, narradoras de mis pasados días, y, sobre todo, la pequeña y escogida sociedad de l'Abbaye-aux-Bois. La benevolencia de una amistad grave hace brotar los pensamientos: algunos instantes de expansión del alma bastan a las necesidades de mi naturaleza; compenso luego este dispendio de inteligencia, por veintidós horas de holganza y de sueño.

París, calle del Infierno, 25 de agosto de 1833.

Apenas empezaba a respirar, cuando vi una mañana entrar en mi habitación al viajero que, por encargo mío, había llevado un paquete a la duquesa de Berry a Palermo, y que era portador de esta contestación de la princesa.

«Nápoles, 10 de agosto de 1833.

»Le he escrito algunas palabras, señor vizconde, para acusarle el recibo de su carta, aguardando ocasión segura para hablarle de mi reconocimiento por lo que ha hecho usted en Praga. Me parece que poco le han dejado ver, pero es bastante, sin embargo, para juzgar que, a pesar de los medios empleados, el resultado, en lo que se refiere a nuestro querido hijo, no ha sido tal como podía temerse. Mucho me complace el haber recibido de usted esta seguridad; pero me dicen de París que el señor de Barrande ha sido separado. ¿Qué sucederá? ¡Con qué impaciencia aguardo el momento de hallarme en mi puesto!

»En cuanto a las proposiciones que le había rogado hiciera (y que no han sido del todo bien acogidas), han justificado que no estaban mejor informados que yo, pues ninguna necesidad tenía de lo que pedía, no habiendo perdido nada de mis derechos.

»Voy a pedirle sus consejos, para contestar a las preguntas que de todas partes se me dirigen. Hará de lo que sigue el uso que, en su cordura, crea conveniente. La Francia realista, las personas

adictas a Enrique V, aguardan de su madre, libre al fin, una proclama.

»He dejado en Blaye escritas algunas líneas que deben ser hoy conocidas, pero esperan más de mí; quieren saber la triste historia de mi detención por espacio de siete meses en aquella imperecedera bastilla. Es preciso que sea conocida hasta en sus más pequeños detalles y que en ella vean la causa de tantas lágrimas y pesares como desgarraron mi alma. Por ella comprenderán las torturas morales que he debido sufrir. Debe hacerse justicia a quien la merezca, pero también será preciso poner de manifiesto las medidas atroces tomadas contra una mujer sin defensa, puesto que siempre se le negó un consejo, por un gobierno, a cuya cabeza se halla un pariente suyo, para arrancarme un secreto que, por ningún concepto, se rozaba con la política, y cuyo descubrimiento en nada debía cambiar mi situación si inspiraba yo temores al gobierno francés, que tenía poder, pero no el derecho, de conservarme presa, sin entablar un juicio que más de una vez solicité.

»Pero mi pariente, marido de mi tía, jefe de una familia a la que, en despecho de una opinión tan general y justamente esparcida contra ella, había hecho concebir esperanzas de entregarle la mano de mi hija, Luis Felipe, en fin, creyéndome encinta y no casada (motivo que hubiera decidido a cualquiera otra familia a abrirme las puertas de mi cárcel), hizo que se me impusieran todas las torturas morales imaginables para forzarne a dar algunos pasos por los cuales creyó poder justificar la deshonra de su sobrina.

»Por lo demás, si debo explicarme de una manera positiva acerca de mis declaraciones y lo que las motivó, sin entrar en detalle alguno sobre mi pensamiento, del que a nadie debo dar cuenta, diré con toda veracidad que me fueron arrancadas por las vejaciones, las torturas morales y la esperanza de recobrar mi libertad.

»El portador le dará detalles y le hablará de la incertidumbre forzada sobre el momento de mi viaje y su dirección, lo que ha venido a oponerse al deseo que tenía de aprovecharme de su galante ofrecimiento, comprometiéndole a unirse a mí antes de llegar a Praga, necesitando, como necesito, de sus consejos. Hoy sería ya tarde, pues deseo llegar cuanto antes al lado de mis queridos hi-



jos. Pero, como no hay nada seguro en este mundo y estoy tan acostumbrada a las contrariedades, si, contra *mi voluntad*, mi llegada a Praga se retardara, cuento con usted en el punto en donde me vea obligada a detenerme, desde el cual le escribiré. Si, por el contrario, llevo al lado de mis hijos tan pronto como lo deseo, sabe usted mejor que yo si debe o no venir. Puedo asegurarle que tendré un verdadero placer al verle en todo tiempo y en todo lugar.

»MARÍA CAROLINA.»

«Nápoles, 18 de agosto de 1833.

«No habiendo podido marchar aún nuestro amigo, recibo noticias de lo que ocurre en Praga, las que no disminuyen mi deseo de ir allá, pero que, en cambio, hacen más urgente la necesidad de sus consejos. Si puede, pues, dirigirse a Venecia sin tardanza, allí me encontrará a mí o cartas que le indiquen el punto en que podrá hallarme. Haré una parte del viaje con personas a quienes dispenso verdadera amistad y reconocimiento, el señor y la señora de Bauffremont. Hablamos de usted con frecuencia, y su adhesión a mi persona y a nuestro Enrique hace que deseen mucho su llegada. El señor Mesnard comparte también este deseo.»

La duquesa de Berry recuerda en su carta un pequeño manifiesto publicado a su salida de Blaye y que valía poco, porque no afirmaba ni negaba. Por lo demás, la carta no deja de ser curiosa como documento histórico, pues revela los sentimientos de la princesa con respecto a sus parientes carceleros e indica los sufrimientos por ella padecidos. Las reflexiones de María Carolina son justas y las expone con dignidad y energía. Agrada mucho ver a esa madre valerosa y adicta, encadenada o libre, preocupada constantemente por los intereses de su hijo. Al menos hay en aquel corazón juventud y vida. No dejaba de molestarme el comenzar de nuevo un largo viaje, pero me había enternecido demasiado la confianza de esta pobre princesa para negarme a sus deseos y dejarla abandonada. El señor Jauge acudió al socorro de mi miseria como la vez primera.

Entré en campaña con una docena de volúmenes esparcidos a mi alrededor. Así, pues, mientras peregrinaba en el carruaje del príncipe de Benevento, éste

comía en Londres en el astillero de su quinto dueño, esperando el accidente que le enviara tal vez a dormir a Westminster entre los santos, los reyes y los sabios; sepultura justamente debida a su religión, a su fidelidad y a sus virtudes.

DIARIO DE PARÍS A VENECIA. — JURA. — ALPES. — MILÁN. — VERONA. — RECUERDOS. — LOS MUERTOS. — EL BRENTA. — EPISODIOS.

Desde el 7 al 10 de septiembre de 1833, en camino.

Salí de París el 3 de septiembre, tomando el camino de el Simplón, por Pontarlier.

Salins, que había sido quemado, está reedificado; me agradaba antes más con su frialdad y vetustez española. El abate d'Olivet nació a orillas del *Furioso*; este primer preceptor de Voltaire, que recibió a su discípulo en la Academia, nada tenía del nombre de su riachuelo natal.

La horrorosa tempestad que tantos naufragios costó en la Mancha, me asaltó en el Jura. Llegué de noche a los *wastes* de la parada de Levier. La hospedería construida de madera, muy iluminada y atestada de viajeros en ella refugiados, semejaba en cierto modo los aquelarres que celebraban las brujas los sábados. No quise detenerme y trajeron, por consiguiente, los caballos. Cuando fué menester cerrar los faroles del coche, hubo grandes dificultades; la posadera, bruja joven, extremadamente hermosa, prestó sonriendo su ayuda, teniendo buen cuidado de aproximar a su rostro la luz resguardada por un tubo de vidrio para que se la viera.

En Pontarlier mi antiguo huésped, muy legitimista cuando vivo, había muerto. Cené en el mesón del *Nacional*: buen augurio para el periódico de este nombre. Armando Carrel es el jefe de estos hombres que no han mentido a las jornadas de julio.

El castillo de Joux defiende las avenidas de Pontarlier, que ha visto sucederse en sus calabozos a dos hombres de los cuales conservará memoria la revolución: Mirabeau y Toussaint-Louverture, el Napoleón negro imitado y muerto por el Napoleón blanco. «Toussaint — dice madama de Staël—, fué conducido a una prisión de Francia en la que pereció de la manera más miserable. Acaso no recuerde siquiera Bonaparte esta fechoría,

porque le ha sido menos censurada que las demás.»

El huracán arreciaba; experimenté su mayor violencia entre Pontarlier y Orbes. Acrecia las montañas, hacía sonar las campanas de las aldeas, ahogando el ruido de los torrentes con el de los truenos y precipitábase mugiendo sobre mi coche como un grano negro sobre la vela de un buque. Cuando algunos relámpagos bajos lamían los jarales, veíanse inmóviles los rebaños de carneros, con la cabeza oculta entre las patas delanteras, y presentando sus rabos comprimidos y sus grupas velludas a los turbiones de lluvia y de granizo impelidos por el viento. La voz del hombre que anunciaba el tiempo transcurrido desde lo alto del campanario de una municipalidad rural, parecía el grito de la hora postrera.

En Lausania todo se volvía a presentar risueño; muchas veces había visitado este pueblo, pero ya no conozco a nadie en él.

En Bex, mientras enganchaban a mi carruaje los caballos que tal vez habían conducido el féretro de la señora de Custine, estaba apoyado contra la pared de la casa donde había muerto mi posadera de Fervacques. Se había hecho célebre en el tribunal revolucionario por su larga cabellera. He visto en Roma unos hermosos cabellos blondos extraídos de una tumba.

En el valle del Ródano, encontré a una mozueta casi desnuda que bailaba con su cabra; pedía limosna a un joven rico y elegante que pasaba en posta, precedido de un correo cubierto de galones y llevado en la trasera de su magnífica carroza de lacayos. ¿Y os figuráis que tal distribución de la propiedad pueda persistir?

Si me recuerda una época de mi vida: siendo secretario de embajada en Roma, fui nombrado por el primer cónsul ministro plenipotenciario en el Valais.

En Brigg, dejé a los jesuitas haciendo grandes esfuerzos para levantar de nuevo lo que había caído para siempre; inútilmente establecidos a los pies del tiempo, quedan aplastados bajo su masa, como su monasterio bajo el peso de las montañas.

Por décima vez pasaba los Alpes, a los que había dicho todo cuanto tenía que decirles en los diferentes años y en las diversas circunstancias de mi vida. Deplo rar siempre lo que ha perdido; perderse siempre en los recuerdos, marchar

hacia la tumba llorando y aislándose: tal es el hombre.

Las imágenes tomadas de la naturaleza montuosa, tienen especialmente relaciones sensibles con nuestras fortunas; éste pasa en silencio como la prolongación de un manantial; éste resuena en su carrera como un torrente; aquél arroja su existencia como una catarata que aterra y desaparece.

El Simplón parece estar ya abandonado, como la vida de Napoleón, y, como aquella vida no tiene más que su gloria, es una obra demasiado grande para pertenecer a los pequeños estados a quienes ha sido devuelta. El genio no tiene familia; su herencia pertenece por derecho de sucesión forzosa a la plebe, que no le da su valor, y planta una col donde antes crecía un cedro.

La última vez que atravesé el Simplón, iba de embajada a Roma; yo he caído, y los pastores que dejé en la cumbre de la montaña permanecen aún en ella; nieves, nubes, rocas ruinosas, bosques de pinos, murmullos de las aguas rodean incesantemente la cabaña amenazada por los témpanos. El ser que más vive en esas quiescencias es la cabra. ¿Por qué morir? Yo lo sé. ¿Por qué nacer? Lo ignoro. Reconozcamos, sin embargo, que los primeros sufrimientos, los sufrimientos morales, los tormentos del espíritu, son escasos entre los habitantes de la región de las gamuzas y de las águilas. Cuando me dirigía al congreso de Verona, en 1822, la parada del pico del Simplón estaba servida por una francesa. En medio de una noche fría y de una tormenta que me cegaba, me habló de la Escala de Milán y aguardaba cintas de París; su voz, única cosa que de esta mujer conocía, era muy dulce a través de las tinieblas y los vientos.

La bajada sobre Domo d'Ossola me pareció maravillosa en extremo, y cierto juego de luz y de sombra acrecia su magia. Jugueteaba un airecillo suave que nuestra antigua lengua llamaba *aura*, especie de precursora de la brisa de la mañana y perfumada con el rocío. He vuelto a hallar el lago Mayor, donde tan triste estuve en 1828, y que avisté desde el valle de Bellinzona en 1832. En Sesto-Calendo se me anunció Italia: un Pagani ciego canta y toca el violín a orillas del lago después de pasado el Tesino.

Al entrar en Milán, volví a ver la magnífica alameda de tulíperos de la que nadie habla; los viajeros los toman al pa-